

---

## CAPITULO SEXTO

### TORIBIO SASTRE CORONEL, SU EFIMERA CASA DE JUEGO EN SAN ANGEL EL FIN DE ESTE Y DEL CURA RODRIGO

**U**NA mañana los habitantes de la parte poniente de la población de San Angel, se dieron cuenta de la presencia de un tipo ridículo y repugnante, vestido de estrafalaria manera.

El hecho de presentarse en el poblado ese individuo no les llamó tanto la atención su pésima presentación, como antes se dijo, sino lo altanero e insulso, pues con muecas y palabras alti-sonantes se mofó de todos los expectadores que lo veían transitar por esos lugares.

Ese individuo encabezaba a un grupo de trabajadores, los que llamaban la atención por el número crecido de sus componentes, así como



de que iban provistos de sus herramientas correspondientes, ya que se trataba de albañiles, pintores, carpinteros, fontaneros y otros más de distintas labores pero relacionados con las construcciones y arreglo de jardines y huertas.

Dicha caravana llegó a la plazuela de Colosía y ahí hicieron tiempo mientras abrían la puerta principal, que dá al mediodía, de una casa señorial en dónde tenían que presentarse. Una vez franca la entrada, penetraron aquellos hombres para dar principio a los trabajos que de antemano se habían señalado por los maestros respectivos.

Es de advertir que al desaparecer el tumulto formado por los trabajadores indicados, terminó en la plazuela la expectación de los vecinos, quienes se retiraron a sus casas o lugares de actividades, pero siempre picados de la curiosidad por lo que pasaría dentro de la casa en dónde se introdujeron los referidos trabajadores, máxime de que no podían indagar desde luego el motivo por el cual había ese movimiento de gente, tan extraordinario.

Una vecina de las que estaban en el grupo, de nombre Crescenciana a quien con todo cariño y por su edad, pues frisaba en los sesenta y ocho años, la nombraban con diminutivo y le

anteponían el Doña para hacerla gran persona y por lo tanto, Doña Crescencianita, tuvo la suerte o más bien la zagacidad de informarse de todo lo que había motivado la presencia de el ya indicado tumulto de trabajadores. Sabedores los curiosos de que la misma Doña Crescencianita les sacaría de dudas tan amargas que experimentaban por su curiosidad tan manifiesta, le formaron rueda y guardaron todo el silencio que era de esperarse para no perder ningún detalle.

Ella (Crescencianita), empezó por el ceremonial innato de la gente pueblerina y les dijo que aquellas gentes iban a trabajar para establecer una casa de juego cuyo empresario era nada menos que el individuo que recibió en la mañana, las burlas de los vecinos y que ya conocemos en párrafos anteriores pues se trataba de nuestro Toribio, el llamado Coronel y Sastre, y no era ni lo uno ni lo otro, misma persona que ocupaba una casa a la orilla oriente de la población en la que tenía el obraje que días antes traspasó.

Como era de esperarse y ya satisfechas de su curiosidad, aquellas gentes le agradecieron sus informes a Doña Crescencianita, pero no dejaron todos de hacer comentarios por su cuenta.



Después que dieron término a las composturas e instalaciones necesarias, emprendidas en la susoacha casa destinada a "Garito", y a las dos semanas de abierta al público, Toribio entabló aparente amistad con una persona rica (aquí aparece nuevamente el Cura Rodrigo) a quien invitó a comer a su casa y estas invitaciones se sucedían con frecuencia, ya que la amistad, aún sin embargo aparente, era muy estrecha no por la personalidad del Cura, sino a los dineros de él.

Diariamente Toribio, o sea el "Coronel", pasaba por el Cura al curato cercano, porque se hicieron muy amigos. Así son algunas amistades que quieren aparecer como sinceras, pero lo único que buscan diversos sujetos es el oro o cuando menos adorar al becerro del mismo metal tanpreciado y para quedarse con la ilusión de lo ajeno.

Hay muchas personas que se desviven por sus semejantes, los avasallan y como si fueran santos, los ceremonean y hasta aplican en ellos, virtualmente hablando, el incienso embriagador, no precisamente por la bondad recíproca, sino por ver que pueden sacar del prójimo aún cuando de él, a sus espaldas, se expresan con pestes y denuestos.

En cambio, otras personas de principios, de moral y de educación, en cualquiera de las circunstancias o eventualidades de la vida, siempre guardan, por su conducta intachable y ejemplar, la gratitud y el cariño; desprecian el interés mesquino y ruín que, sujetos llenos de prejuicios y arraigados en ellos, siembran la murmuración y la discordia con lo que dividen a las familias que son afines desde muchos años ha.

Por lo descrito anteriormente se podrá analizar; especialmente, en qué manos cayó el Cura Rodrigo para ser víctima de ese chacal vestido con exagerada elegancia. Lo exhibiremos: ostentaba una gruesa cadena de oro que, pendiente del ojal del chaleco de tela color verde fantasía, terminaba en el reloj de oro (Molleja de Guajolote) que guardaba en la bolsa respectiva; brillantes de tamaño poco común en dedos de ambas manos y un gran fistol prendido en la corbata de seda de un color muy chillante; calzado de charol de corte de una pieza con resorteras; pantalón de casimir claro con dibujos a cuadros y pieleras que evitaban se subiera éste; además, una flor roja y grande en el ojal de la ancha solapa de la levita. He aquí al figurón del Coronel vestido de paisano (ya



se dijo antes que no se le llegó a ver con uniforme de Coronel) y por su manera de presentarse, tan extravagante, le decían: en son de broma, ¡Qué fachas te traes Toribio!... ¡Pareces dueño de algún Circol

Nada hay en la vida que perdure, ni mucho menos que sea completamente perfecto; son ilusiones vanas. Todo acaba y sólo queda para los que le siguen, conservar los recuerdos gratos de los seres que se condujeron con buenas acciones; para aquellos del pasado que hicieron sufrir injustamente a los demás, se les honra con la indiferencia o con la amarga memoria.

La vida escabrosa de Toribio, fué siempre andar a caza de incautos adinerados. Era todo un pillo. Esa es la expresión, puesto que le conocemos desde su niñez.

Para agasajar a sus presuntas víctimas organizó un gran banquete y al efecto se dirigió a una casa de "Música para Bailes", situada cerca de la esquina de la calle de las Ratas (hoy de Bolívar) con la calle del Puente Quebrado (por ahora Calle de la República del Salvador); ahí contrató dos buenas orquestas bajo compromiso de estar en San Angel en la noche del sábado próximo y hechos todos los preparativos, se llevó a cabo la fiesta y en la mente de

Toribio se fraguaba el deseo de que el referido festín fuera seguido de otras noches más de juego; como se verá en los párrafos subsecuentes, no sucedió así.

A Toribio no se le escapaba detalle alguno y precisamente escogió el sábado para verificar el mencionado banquete seguido de la partida, porque coincidía con el día de paga que les hacían a los miembros del ejército como a los empleados públicos.

Igualmente, abarcando sus fines de especulación, invitó a los principales Jefes de las corporaciones militares como a los de la Civil; a los propietarios ricos y personas de posibles que se habían quedado en México, inclusive el Cura Rodrigo a quien tenía bien cogido y no se le escapaba de las manos y, a todos les había echado el ojo como buen cazador.

La intención preconcebida de Toribio era la de desplumar por entero a los habitantes ricos de México por medio de la casa de juego que tenía en San Angel. Esa casa, como algunas de fuera de la Capital, que se llaman de recreo, tiene vista a dos calles y un camino que fué muy transitado en aquel entonces; la construcción que se ve en la esquina con frente a la Plazuela de Colosía o de los Licenciados, es só-



lida con gruesas paredes; sus fachadas son sencillas, puede decirse rudimentarias, y que no obedecen a ningún estilo determinado; el exterior, aparejado con la pátina del tiempo y su aspecto no corresponde con la importancia del interior; pues se ven las rejas de fierro, toscamente forjadas, colocadas en toda la serie de ventanas, sin pintar, así como una puerta de grandes dimensiones y gruesa, que servía para la entrada directa a la huerta y paso de las carretas; el zaguán principal, ancho, de puertas pesadas, de madera de cedro algo despintadas que ostentaban pequeños tableros con clavetones de bronce en forma de campana.

Esta casa solariega pertenecía, en las postrimerías de la época Colonial y principios de la Independencia, a la Marquesa de Selva Nevada, cuya finca, hace algún tiempo, pasó a ser propiedad del Conde de Brai, quien murió años después e ignorándose su actual poseedor.

La superficie del predio aludido no ha sido modificada desde hace muchos años y es de cincuenta mil varas cuadradas.

Pasemos al interior: tiene varios salones y numerosas habitaciones que estaban bien decoradas con sus cielos rasos de manta, pintados al temple y de sus centros colgaban los en-

ganchados candiles de cristales; mesas de boliche; caballerizas, pajar y cochera hasta para cuatro carruajes; jardines espaciosos y bien atendidos en sus cultivos de plantas florales y arbustos; invernadero lleno de macetas pequeñas de barro con plantitas en embrión que recibían el sol a través de su techo de vidrios; fuentes con surtidores; estanque con peces de colores; estatuas y jarrones de metal; rosaledas, jazmines llenos de flores perfumadas, madre selva; árboles frutales con finas manzanas, perales de varias clases y especialmente las de Vergamota, aguacates, plátanos de ornato, frondosos y corpulentos fresnos con follaje verde esmeralda de sus retoños que proporcionaban una vista agradable al espectador; castaños, moreras y nogales con sus frutos maduros de la estación y la abrigadora sombra de éstos tan saludable en los días del Estío; además un kiosco rústico formado de troncos y ramas, con techo en forma de cono cubierto de paja de trigo y en su interior, una mesa y bancas de madera a la rústica; se podía ver en sus entradas y colocadas sobre bases de piedra labrada, cuatro estatuas que representaban a: Diana, Marte, Júpiter y Saturno.

Esta gran casa con todas las comodidades



de la época, fué escogida por el empresario que ya conocemos y destinada para su cuartel general, teatro de sus bastardos planes de ambición.

Toribio hizo un viaje expreso a México para surtir la despensa. Compró vinos y diversos licores, pavos, liebres, pescados, quesos finos, frutas secas, diferentes conservas en lata y otros menesteres. Ajustó a dos cocineros extranjeros: uno francés y otro italiano que vió en la Pasterería situada en el Puente del Espíritu Santo, entre el Coliseo Viejo y calle de Cadena, (hoy Avenida de Isabel la Católica, calle del Diez y Seis de Septiembre y de Capuchinas, respectivamente).

Aumentó el número de meseros y demás servidumbre para atender a los invitados al banquete, el que se encontraría lleno de viandas exquisitas, fiambres, estofados, pasteles, nieves, canutos y otras golosinas propias para el caso, así como en renglón aparte, los vinos y licores.

En San Angel, lugar recreativo de todas las familias, cuando se trataba de las fiestas del Patrono del lugar, se dieron cita todo lo grande de la Capital y, por tal motivo, parece exagerado decir, que no había lugar disponible para los visitantes, pero ni hospedajes se encon-

traban para las familias que, forzosamente, por sus criaturas, necesitaban alguno bajo techo.

Huelga decir que la mayoría de aquellos moradores, eran provenientes de la Capital como de algunos lugares circunvecinos de la población en que se verificaban los festejos.

Esa temporada de vehementes recuerdos de jóvenes de aquel entonces como viejos actuales, si es que la parca del destino les permitió vivir, llevan impregnados en sus mentes la felicidad y ventura del ser.

En resumen: El bullicio aquel de inusitada alegría, recibió con notas alegres, llámense de oro la noche venidera.

Por fin, llegó esa noche deseada... El reloj tocó las diez campanadas bajo el impulso de su insólita maquinaria pero con tal gravedad que todos los oyentes y moradores del lugar, como si se tratara de la Oración, la acogieron con profunda veneración.

En la casa de Toribio era en dónde se encontraba la selecta concurrencia.

Por otra parte, será ironía del destino o qué se yo... En la propia casa, o sea de Toribio, se preparaban, también con inusitada algarabía, como se trataba de los dominios principales de



Birján, a recibir a su Rey con el esplendor y gala que siempre, para ellos, era objeto.

La suntuosa residencia de Toribio, albergue de tan escogidas y galanas personas, de pronto se vió interrumpida por los acordes ejecutados de las grandes orquestas instrumentales dirigidas por profesores bien connotados de la época y contratados especialmente para esa ocasión.

Las notas que lanzaron, con arpegios armónicos, al espacio, fueron las de un alegre danza que, dicho sea de paso, estaba de moda en ese tiempo.

Ese momento fué de trascendencia para los concurrentes, pues unos como otros se acordaron, indistintamente, del pasado como del presente, ya sea en pro o en contra, pero el caso es que todos, se esbozaban pretextos para estar alegres.

La alegría fué aumentando paulatinamente a su estado máximun, e hizo que los corazones de las personas allí reunidas reflejaran sus sentimientos con sus propios actos, pues unos se conformaban con recrear sus miradas con las de las damas jóvenes, de cuando en cuando, las cruzaban; otros, llenos de esperanzas y ambición por obtener una fortuna mediante el jue-

go, se hacían ilusiones de que en breve ya verían realizados sus deseos y, los más, muy adictos al Dios Baco, refrescaban sus gargantas con los espumosos vinos que en cuanto los corchos de las botellas que los aprisionaban volaban al espacio, eran servidos en sus respectivas copas cristalinas de límpido Baccarat por tratarse del anciano Champagne que muchas y selectas generaciones habían saludado desde antaño. Otros vinos también fueron descorchados y, entre ellos se mencionan el Carlón, Jerez Misra, Moscatel, Mistelas, etc.

Para beber no se imponía medida ni condición; pues el pedir era una orden que inmediatamente se cumplía.

Los meseros no parecían tales en virtud de que su presencia era muy distinta al puesto que desempeñaban ya que en lugar de representar al genuino y fiel sirviente, constituían un remedo del elevado y honorable amo.

Todo el conjunto en torno de aquellas mesas, en el comedor y en los Cenadores contiguos, formaban un espectáculo encantador y más si se agrega a ello los adornos que por ser de plantas y flores, purificaban el aire con sus nítidos aromas.

Los adornos del lugar contribuían, en su es-



fera de acción, a la magnitud de la fiesta; pues se veían disparcidas en admiradas posiciones las macetas con plantas de sombra elevadas por sus altas columnas y como todo estaba circundado por diversos cristales, se reproducían las siluetas de los contertulios y era motivo para centuplicar los asistentes al dicho ya, gran banquete y baile.

También para esa fiesta se colgaron de varios árboles del jardín, farolillos de papel de diferentes colores y de formas caprichosas, los cuales, dotados de velitas de cera y encendidas durante la noche, producían un efecto maravilloso y singular.

Los preparativos no eran por demás, no obstante que todo estaba ideado de exprofeso, ya que las galas, matices, jaspeados y otros adornos ostentados en el lugar, era precisamente un atractivo para las familias y un gancho para los adictos de Birján.

Su mira especial era la de congratularse con Ministros, Generales, Coroneles y personas de dineros con el deliberado propósito de despojarlos de sus caudales y si era posible, dejarlos hasta en la cuarta pregunta, ya que contaba con un grupo escogido de talladores que hacían filigranas con la baraja para que em-

pleando medios punibles, todas las fortunas de los incautos jugadores quedaran en ese centro de vicio.

El lector comprenderá que esa casa de juego era un desplumadero atróz que, por medio de artimañas y trampas, desvalijaban a todo parroquiano que por su malhadada suerte llegaba a ese propio lugar.

Sí que era de lamentar el predicamento en que quedaban las estoicas familias que sin tomar parte directa en las sucias maniobras de aquellos ladrones disfrazados, pagaban con la miseria los tesoros que en el tapete verde y en forma ruín dejaban sus familiares.

Además de todo ésto, en los garitos no nomás se pierde el dinero que lleva consigo quien en mala hora osó asistir, sino que los hogares forzosamente reflejan el perjuicio, ya que en las apuestas se versan, además del propio dinero ya dicho, los bienes metálicos y patrimonio de la familia; pues hubo casos en que un jugador empedernido, decepcionado de la diosa fortuna, después de haber agotado sus recursos pecuniarios, personales, siguió con los de su familia incluyendo las alhajas, propiedades y hasta el honor, ya que, en una apuesta pro-



puso y fué aceptada, en caso de perder, su esposa.

Es tan mal consejero el vicio del juego que, no obstante el perderse el dinero, bienestar y honra, llega a tal extremo que sus adictos, olvidados por completo del pundonor, se suicidan creyendo que con un pistoletazo se olvida todo lo acontecido sin preocuparse de que a los seres queridos dejados en el mundo, les quedó el anatema imborrable del fin que tuvo el progenitor.

Hay países que por su cultura se consideran madres de la civilización y sus gobiernos persiguen entre otras lacras la fatídica del juego, ya que éste es el mal social que lleva aparejado otros de terrible consecuencias para los habitantes del lugar en donde tiene raíces dicho mal.

Otras de las lacras sociales son: la prostitución, el fanatismo arraigado en los seres de apocado espíritu y poca inteligencia, la embriaguez que es la devastadora de la humanidad, ya que los vástagos provenientes de los viciosos, además de heredarlos, son los propulsores de toda clase de crímenes que, aún sin embargo que se les combate con guerra sin

cuartel, desgraciadamente son los favoritos de un sinnúmero de moradores del universo.

Eran las doce de la noche, hora en que terminó el banquete de que hablamos antes y los concurrentes a él se apresuraron a ocupar los mejores sitios de los salones de juego que ya mencionamos con el suntuoso "Templo de Birján".

Sentados en sus cómodos asientos, en derredor de las largas mesas con sus respectivos tapetes verdes, como se estilaba, esperaron a que diera principio la formidable partida.

Las cajas de caudales, del empresario Toribio, estaban con suficiente dinero para responder a cualquiera de las cantidades que se cruzaran en apuesta por los numerosos jugadores.

Se oía el retin-tin sonoro de las onzas de oro que en sumas de varios miles de pesos estaban amontonadas en trinchas de cortas cantidades para facilitar con toda rapidéz, el pago de las apuestas que obtuvieran éxito por parte de los puntos, (así se denominan a las personas que del público toman parte en las apuestas) y ese ruido aumentaba por el que hacía el público al contar sus dineros para apostarlos.

Dió principio, en seguida, la gran partida.

El famoso tapete verde en un momento que-